

LÉVÊQUE, Pierre, *El mundo helenístico*, traducción de Julià de Jòdar, Barcelona, Ediciones Paidós (Paidós Orígenes, 52), 2005 (de la edición francesa de Armond Colin Éditeurs, Paris, 1992), 261 págs.

Pierre Lévêque murió en 1994, luego de haber trabajado sin cesar sobre aspectos religiosos y sociales del mundo grecorromano, desde la perspectiva antropológica. Sus publicaciones abarcaron diversos niveles de investigación, de enseñanza y de una amplia difusión. En Latinoamérica fue conocido muy pronto a través de uno de sus libros más famosos, *La aventura griega* (1964, en francés), en cuya última parte aparecía una sección sobre el mundo helenístico que años después fue revisada y aumentada para culminar con la publicación del libro que ahora reseñamos. Eran conocidas también las siguientes obras traducidas al español: *Bestias, dioses y hombres: el imaginario de las primeras religiones* o *Las primeras civilizaciones*. Desde la perspectiva política y unida al espacio y al tiempo, no puede olvidarse su famoso *Clisthènes l'athénien*, al lado de Pierre Vidal-Naquet, que abarca la última etapa del siglo VI hasta la muerte de Platón. También es célebre su tesis doctoral sobre el rey de Iliria, *Pyrrhus I*, que inició su gobierno entre los años 307-306 a. C. En su currículum académico deben mencionarse algunos logros importantes: en 1968 creó el Centre d'Histoire Ancienne, en 1970, el Groupe International de Recherches sur l'Esclavage Antique y fundó la prestigiosa revista *Dialogue d'Histoire Ancienne*. Final-

PALABRAS CLAVE: Grecia, helenismo, Lévêque, mundo helenístico.

RECEPCIÓN: 19 de enero de 2007.

ACEPTACIÓN: 10 de abril de 2007.

mente, debe mencionarse su fructífera dedicación a la cátedra en las universidades de Lyon, Montpelliere y Besançon.

La obra de Lévêque es siempre estimulante, y el libro que ahora reseñamos no sólo es ameno y de lectura ligera, sino también valioso porque es un libro erudito e inspirado, como puede observarse en la *Introducción*, intitulada *Alejandro Magno (336-323)*. En diez páginas memorables se encuentra la síntesis de la personalidad propia del joven macedonio: la prudencia y la inspiración, la reflexión y la intuición, de allí que en “doce años y medio cambió la faz de la Hélade y del mundo oriental” (p. 11), coincidiendo con la afirmación de Plutarco de que en un momento específico, el gran Alejandro condujo la historia (p. 20).

Tal vez fuera su espíritu apasionado el que le permitió a Alejandro poner los pies en el suelo asiático: siguiendo la obra de su padre, pero teniendo en su mente, además, una figura antitética como fue la de Jerjes, y otra, divina, como Dionisos, a quien no se le había resistido nunca la India. Así pues, “ningún conquistador reunió bajo su yugo tantas provincias ni llevó a su ejército tan lejos de su patria” (p. 16). En una palabra, a pesar de no tener numerosos contingentes, Alejandro “animaba a su ejército con su valentía al mismo tiempo que la dirigía con la ciencia del más seguro de los estrategas. Por otra parte, aquel intrépido jinete, temible manipulador de hombres, aquel capitán de capitanes, demostraba ser el más genial de los organizadores” (p. 16).

La unificación del mundo se debió a la ventaja de los tesoros acumulados en los palacios aqueménidas; además, fue muy importante la acción de los matrimonios mixtos y, de manera especial, también, la implantación de una educación bajo los preceptos griegos. No sólo fue de capital importancia la enseñanza de la lengua griega, sino también la difusión de la cultura clásica: la música y el gimnasio, y se afirma que, por lo menos, en esa época se educaron así “30000 niños iraníes” (p. 17). Además, la urbanización fue, en verdad, notoria. La unificación, pues, se realizó gracias a la creación de “camino, canales, puertos, dársenas y barcos” y podría decirse, a partir de Lévêque, que la genial intuición de lo que hoy es el famoso euro, en Europa, de cierta manera proviene de la creación de Alejandro, quien impuso una moneda única en su Imperio. Finalmente, Alejandro fundó “el culto real, la base más segura de la autocracia”.

cia, heredero al mismo tiempo de las especulaciones del pensamiento griego y de las tradiciones monárquicas de Oriente” (p. 19).

Para Lévêque, la muerte del joven Alejandro resulta lógica en el siguiente sentido: “¿no era natural que la malaria arrebatase tan rápidamente su cuerpo cosido a cicatrices y agotado por las orgías, las cabalgatas y las noches de estudio? (p. 19).

El primer capítulo de este libro se llama *Los estados helenísticos* (pp. 21-62) y abarca toda la Grecia continental, con un escueto pero preciso señalamiento histórico-cultural del desarrollo de la burguesía ateniense hasta las crisis económicas y sociales griegas, subrayando la configuración de los estados federales, sin olvidar, por supuesto, la prosperidad de las islas, en donde Cos resulta tradicional por su vino, su cerámica y su seda local, al lado de “Los *Mimos* de Herondas (nombre que por tradición utilizan los franceses) o los *Idilios* de Teócrito” (p. 29), producción en la que se reflejan los “ambientes de ricos comerciantes o de poetas esotéricos” y el conocido *Asclepeion*, auténtica escuela de medicina popular. Está luego la bella Rodas que “eclipsó a todas sus vecinas”, seguramente por su posición estratégica, cerca de la costa asiática y frente a Alejandría, convirtiéndose en el nuevo Pireo griego (con una banca activa y una marina de guerra), y cuyos aspectos legislativos marítimos, la famosa *lex Rhodia*, fue rescatada por Roma, con Marco Aurelio, continuada por Bizancio y, posteriormente, por Venecia. Por supuesto que Lévêque no pudo dejar de reconocer la última etapa de la isla como ciudad de las artes (escultura fundamentalmente) y de las ciencias o foco universitario en la época romana (recuérdese la retórica y el estoicismo). Sigue Delos, en donde atenienses, itálicos y orientales convivían ejemplarmente, manteniendo sus costumbres y deidades, de allí que en las inscripciones aparezca con toda claridad el bilingüismo grecolatino, así como el cosmopolitismo que permitió la invasión de los cultos orientales. En este capítulo se estudian los reinos nórdicos (Macedonia y Epiro) y los orientales (lágidas, seleúcidas y atálidas), en donde es destacable un espacio sobre *El problema judío*, en el cual resalta la figura de Filón, quien, aunque no perteneció ya a la época helenística, su genio especulativo fue fundamental en la prefiguración del “sincretismo heleno-cristiano” (p. 55), al sintetizar los pensamientos de ambas culturas.

Con respecto a la monarquía helenística, el autor destaca la influencia de la filosofía griega del siglo IV, rescatando algunas ideas pitagóricas, pero sin olvidar a Isócrates, elementos que configuraron la concepción del hombre “fuerte y providencial”. Así, convirtiéndose en absoluta, la monarquía impuso al rey obligaciones morales que en los textos de la época evidencian que “el monarca debía ser activo, benévolo con todos —y, especialmente, con los humildes—, filántropo y piadoso” (p. 55). No menos importancia tuvieron las teocracias orientales evidentes en los cinco nombres del poder de los faraones (Tolemeo II): “Un adolescente valeroso, pleno de gloria, entronizado por su padre, poderoso *ka* de Ra amado de Amón, Tolemeo”. Se rescata también la tradición egipcia evidente en una inscripción del templo de Edfu, donde se señala que Horus, a través del escriba divino, Thot, concedió al monarca toda la tierra de Egipto, con “sus títulos de propiedad”. La influencia de la reina en la corte (*aulé*), fue creando títulos áulicos, de manera que el culto y la efigie real en las monedas originó unas costumbres que, posteriormente, los emperadores romanos y bizantinos adoptaron, al igual que todos los soberanos desde entonces hasta la actualidad.

El aspecto de la administración real se encuentra delineado en el libro de manera sencilla, así como el manejo del presupuesto real, gracias a los papiros encontrados. Se destaca la acumulación de riquezas de los lágidas, valiéndose de las tradiciones griegas y egipcias y se subrayan los gastos del rey: mantenimiento del ejército, de la flota, los sueldos de los funcionarios, los gastos de culto, las obras públicas, la suntuosidad y el mecenazgo.

Siguiendo a Claude Préaux (*L'Économie royale des Lagides*, 1939), Lévêque enfatiza la carrera armamentista, en especial, la naval. El final de este capítulo constituye una síntesis actual sobre el mundo helenístico y, por ello, vale la pena ser leído:

Las instituciones helenísticas andaban preñadas de futuro, tanto en el plano de los hechos como en el de la ideología. El Trajano que presenta Plinio el Joven en su *Panegírico* es el heredero directo de un *basiléus* y, sin ninguna duda, el estratega sirvió de modelo al procónsul y, más aún, al legado de Augusto (gobernador de las provincias imperiales); en cuanto al veterano romano, remite al cleruco. Pero el estudio de la economía y de la sociedad surgidas de la conquista de los

reinos griegos de Oriente plantea problemas no menos apasionantes: pueden constatarse la misma audacia, la misma modernidad de un helenismo que rechazaba la esclerosis (p. 62).

En el segundo capítulo, *El mundo de la conquista: la explotación de los reinos* (pp. 63-104), Pierre Lévêque sigue sosteniendo la hipótesis tradicional de la organización económica y social de los nuevos reinos helenísticos, según la cual se superpuso la clase de los conquistadores a las masas de los nativos que tradicionalmente habían sido dominados por extranjeros, aspecto que, sin duda, prefiguró la estructura del Imperio romano.

Con la creación de las diversas ciudades se destaca la urbanización en todo el mundo seléucida, en Pérgamo y, por supuesto, en Alejandría, y se diferencian muy claramente las posturas de los seléucidas como verdaderos reyes que nunca descuidaron el interés propio de su reino, mientras que los lágidas actuaban como “acumuladores de capital”, preocupados ante todo por aumentar sus tesoros. Con base en las descripciones de Dura y Antioquía, así como de Pérgamo, puede destacarse la de Alejandría, ya que está tomada directamente de la éfrasis de *Herodas* (nombre que la reseñista sostiene) de su mimiambo I, 29 ss., que el autor considera como un “discurso confuso, pero verídico”. Otros elementos de interés son la unión entre las ciudades y los puertos que permitían un verdadero ‘remolino’ de cosmopolitismo donde la vida se animaba, se hacía cada vez más ruidosa y también frenética, elementos que de nuevo hacen pensar en los mimiambos de Herodas.

Si las ciudades helenísticas eran cosmopolitas, eso se debía a los intercambios comerciales de los productos alimenticios y las manufacturas de alta calidad y, no menos, al tráfico considerable de esclavos (proveniente de la África interior, de Arabia y de las Indias). En todo ese mundo, las guerras y la piratería asolaban a la gente, pero, en general, era un cosmomundo en donde la burguesía opulenta e ilustrada amaba el lujo. Finalmente, los bancos y los capitales se analizan en este libro enfatizando el nivel de las tasas de interés conocido en Rodas o en Delos (las primeras plazas bancarias) y el de los templos, que actuaban también como instituciones bancarias, como las de Éfeso o Sardes, de Anatolia, o bien como los sacerdotes egipcios que recuperaron su autonomía económica respecto del rey.

En estos aspectos, el mayor conocimiento que se tiene, sigue siendo el de Egipto, cuya gran burguesía capitalista poseía tierras y ganado y vivía con un lujo inusitado. Pero Pierre Lévêque atiende también el aspecto social de Egipto, pues “no se había hecho nada por mejorar la suerte del campesino, explotado entonces más duramente que en la época de los faraones y que, en periodos de crisis, no tenía más recursos que la *anacoresis*, la huida ante la opresión y la iniquidad” (p. 85). Los matices más considerables son los de los funcionarios, el del clero indígena que cómodamente se alió con los Ptolemeos y el inhumano mundo del trabajo hasta la fusión inevitable de ciertos niveles sociales: “los macedonios se han convertido en egipcios”, como lo dicen Polibio y Tito Livio y había una élite indígena que hablaba griego, vestía a la griega y adoptaba usos y costumbres de los conquistadores.

Otro aspecto es el de los soldados, muchas veces mercenarios, cuyas condiciones eran diversas, según cada época; no obstante, parcialmente su pobreza se solucionó gracias a la creación de la *cleruca*. Sin embargo, es cierto que el rechazo de las grandes masas indígenas, sin protección ni mejoramiento de su nivel de vida, era terrible en la época helenística (p. 104); aunque con reservas, el autor afirma que “el mundo helenístico fue, en aquel entonces, el menos malo de los mundos posibles” (p. 104).

El capítulo tercero, *La última mutación del helenismo espiritual* contempla detalles fundamentales de la cultura de la época que a continuación tan sólo pueden enumerarse: la literatura, área en la que sobresale la sensibilidad de los creadores al lado del intelectualismo; la filosofía, la retórica y la ciencia, en donde el concepto del sabio imperturbable va al lado del ‘erudito voraz’; el arte, a dos niveles, artístico propiamente dicho y popular: con la pintura, la arquitectura citadina y la religiosa, con los mosaicos, así como con las artes menores, a saber, la alfarería, los vasos metálicos, las monedas, las figurillas de terracota, las baratijas de arte, las alhajas de oro, etcétera.

Al final, el autor se extiende largamente con los efervescentes elementos religiosos de escepticismo y fervor a los dioses, con un panorama interesante sobre el hermetismo y la magia, la astronomía y la alquimia y las novedosas cofradías de la época, basadas en la concepción de una hermandad que amaba a un mismo dios y que

esperaba de él la salvación, cuestión que, con el tiempo, se convertirá en un entusiasmo y verdadero fervor de la gente humilde que, sin duda, procedía del oriente: el cristianismo.

Ahora, abordaremos algunos aspectos literarios, pero es claro que son muy valiosos los restantes elementos que arriba hemos señalado, porque son claros y estimulantes las perspectivas referentes a la filosofía helenística que culminaron, luego de una intensa búsqueda de la felicidad, en nuevos idearios morales, especialmente en las crisis de los siglos posteriores (III y IV d. C.), con una cierta

resignación, una huida frente a lo real que había que dominar al no poder asumirlo, pero ¡qué grandeza y qué nobleza, también, en esa ascensión que otorga al alma todos los poderes! La salvación, igualmente buscada a la sazón por las religiones, se merece por la lucha. El helenismo se decanta, definitivamente, por el individualismo, ya que la conciencia está sola frente a su destino, pero no renuncia a reformar la vida pública, especialmente con los estoicos, grandes consejeros de los príncipes, y, sobre todo, no olvida, en un grandioso arrebato —filantrópico, en el pleno sentido del término—, que todos los hombres son hermanos (p. 129).

Pero está también el otro lado, es decir, el de la semejanza de los estados de calma serena y el del *nirvana* de la India, “hay en ello, sin duda, algo más que una aproximación fortuita; y no por casualidad eclosionó la misma sabiduría en el Mediterráneo oriental y en la llanura indogangética, regiones entre las que siguieron estableciéndose tantos contactos fecundos” (p. 129).

Con respecto al arte, los siguientes conceptos que define Lévêque son aceptados para los estudios helenísticos, a saber: la riqueza de los monarcas permitía el embellecimiento del marco de la vida diaria y la burguesía creciente y rica amaba tanto el arte como las letras. Así, la clientela del arte (reyes y burgueses), pugnaban por un arte laico, aunque el arte religioso abundaba pero carecía del impulso de la fe. El influjo oriental es notorio también, pues palacios y mansiones eran lujosos y llenos de comodidad. En los templos sobresalía el arte jónico y predominaba lo colosal (recuérdese el templo oracular de Dídime, cerca de Mileto, p. 135), aunque son numerosos los templos de estilo autóctono, como los egipcios con influencia griega. La arquitectura citadina es un ejemplo gracias

a las últimas excavaciones arqueológicas de Priene y de Delos, (nótese que se está hablando de los inicios de la última década del siglo xx), mientras que los edificios públicos, el *buleuterion* o el *agora*, sin tener una función política, se van destinando más al placer y a la comodidad de los habitantes, de allí los grandes pórticos y los edificios destinados al placer colectivo, como eran los hermosos teatros (los de Delfos, Dodona, Oropo y Delos en Grecia, Priene y Pérgamo, en Anatolia; y Siracusa y Eggesta, en Sicilia), las *palestras*, los *estadios* y los *gimnasios*. Estos últimos, representados figurativamente en el libro (cf. figura 7), desde fines de la época clásica hasta finales del siglo I, revelan su importancia:

El gimnasio, donde se reunía la juventud, se convirtió también en el centro universitario de la ciudad, donde los profesores vinculados a la institución impartían la enseñanza literaria, científica, filosófica y musical, y donde hablaban conferenciantes de paso. Esa función sólo se confirma, a partir del siglo III, a través de inscripciones, pero ya hacía un siglo que los gramáticos, retóricos o sofistas de Atenas se citaban en el gimnasio (p. 140).

¿Qué más había en una ciudad helenística? Los *acroterias* o salas de conferencias, las *bibliotecas* o los *jardines* para los paseos de los filósofos y algo muy importante, una amplia sala *hipóstila*, “tal vez comparable a una cámara de comercio”, según la información tomada de las excavaciones de Delos, y también los grandes *almacenes* y, esas bellas ciudades armoniosas y ordenadas siempre fueron concebidas auténticamente griegas, porque nunca faltaban las esculturas; así lo ejemplifica Polibio, quien en una modesta ciudad de la confederación etolia, Termo, tomada por Filipo V, contó ¡2000 estatuas! (p. 140).

Ahora bien, en las estatuas y los bajorrelieves prevaleció el género patético, que inspiraba el terror y la piedad, como lo había impuesto la tragedia clásica y en donde el infortunio humano crea un tipo de “romanticismo” desenfrenado y feroz, como el que aparece en Pérgamo. Por otro lado, la vena realista o, “naturalista”, se manifiesta con el retrato y culmina con la representación humana que la época clásica nunca había considerado: “la infancia, la vejez, las deformaciones físicas, la pobreza” (p. 142).

Sin duda, el *páthos* está unido a la alabanza del soberano, “exponiendo la desesperación de los vencidos, cuyos rostros expresan el

horror de la derrota y de la muerte, mientras sus cuerpos se desploman, terriblemente heridos” (p. 144). En este sentido era necesario rescatar también el ameno realismo de Alejandría:

El escultor se complace en diferenciar las distintas tipologías sociales, y aparecen las vidas de los pobres, de los marinos, de los campesinos, de los pescadores, o de los bufones, un testimonio altamente instructivo para el historiador de la vida cotidiana. Ya no se desdeñan los personajes exóticos que deambulan por la Alejandría cosmopolita: nubios, libios, negros (cf. p. 146),

de allí también la representación pintoresca. En este capítulo no se olvida la variación del color en las pinturas, como puede observarse en las casas de Delos y en estelas del museo de Volo (de la necrópolis de Demetriade, en el golfo de Pagasas) y en los mosaicos de Herculano y Pompeya que provenían de pinturas griegas. Los originales y no copias romanas, para la época de este libro, son los de Delos.

Dentro del aspecto literario, el triunfo del individualismo no pudo desarrollarse “más que en el seno de la colectividad” (p. 105). Así, por ejemplo, los poetas realizan su producción en cenáculos, mientras que en los talleres se desarrolla la producción escultórica o pictórica y, en cambio, la filosofía y la ciencia, en las escuelas organizadas. Por supuesto que todos estos elementos necesitaban del apoyo de los “soberanos ilustrados” para desarrollar bibliotecas, institutos y ‘museos’, de manera que, los datos en Alejandría son significativos: “200000 volúmenes a la muerte de Soter, 400000 a la de Filadelfo, que adquirió importantes fondos, especialmente el de Aristóteles, y 700000 cuando fue quemada a raíz de la conquista de César. Además, Filadelfo instaló, en el Serapeum, una segunda biblioteca de 50000 obras” (p. 106).

Debe destacarse la sobrevivencia de la poesía lírica al lado de la erudición filológica y la de la comedia y la de la historia. En este sentido, la producción literaria ática creó las bases de la lengua *koiné*, sobre todo en la prosa, mientras que la poesía recurría a los dialectos vinculados a los géneros tradicionales: la lengua homérica para la epopeya, el eolio para la lírica amorosa y el dorio para la poesía bucólica. Hay que distinguir, sin embargo, que Atenas sólo difunde la comedia nueva y los centros culturales son variados:

Siracusa, Tarento, Cos o Pérgamo, en donde el surgimiento del hombre de letras resulta una novedad, así como el hecho de que los nativos de diversas zonas empiezan a escribir en griego; como ejemplo pueden darse los nombres de dos sacerdotes que explicaban las tradiciones de su país: “Beroso, en su *Historia de Caldea*, y Manetón (...) en su *Historia de Egipto*. Estos tratados, aunque perdidos, marcarían una inflexión en los contactos entre civilizaciones” (pp. 107-108). Lo mismo puede destacarse en torno al público que ya no concierne al *demos*, pero sí a una burguesía amplia y refinada a la que los creadores deben halagar, buscando la novedad a través de las formas literarias desaparecidas. Allí puede encontrarse el gusto por una literatura intelectual que, además de la creación poética, permitió el desarrollo de la erudición que llenara el espíritu helenístico incansable de la curiosidad. Esta curiosidad se ve claramente en la creación de caracteres humanos (véanse Eurípides o Platón), sobre todo en la comedia nueva pues, como dice el autor, “un teatro que llamaba la atención por la finura con que aborda los análisis psicológicos, al mismo tiempo que conmueve por sus cualidades profundamente humanas” (p. 110).

La evasión de la lírica es notoria, pues en los *Fenómenos* de Arato, en algunos pasajes de Calímaco o en Licofrón no encontramos una búsqueda científica o exclusivamente poética, sino un afán erudito que muchas veces hoy resulta ilegible frente a la gran cantidad de alusiones obscuras. “Pero el genio de los alejandrinos es algo más que la poesía cortesana o erudita, pues aparece una nueva sensibilidad, delicada o profunda, pero siempre matizada o diversa” (p. 111), en donde los sentimientos son profundos en la familia, los afectos a los animales domésticos son notorios, y es esencial el sentimiento del amor como fundamento de la nueva lírica, sin olvidar que el crecimiento de las ciudades creó “grandes aglomeraciones inhumanas” y es por lo que el individuo añora la campiña que llevó a la creación de una Arcadia y un anhelo por los viajes, con incidencias pintorescas y con búsquedas de países maravillosos manifestadas a través de las *ecphraseis* o descripciones. Finalmente, si bien no se abandona el poema largo, hay un predominio de la obra corta, como lo es notoriamente en el epigrama.

La maestría del arte por el arte está muy bien descrita gracias a los poetas alejandrinos: Calímaco, Teócrito, Apolonio y, de manera

notable, Herodas. La integración de este último poeta es considerable en el libro, porque no en todas las literaturas actuales se rescata. Lo mismo puede decirse en torno a la importancia de la crítica textual, gracias al trabajo de los gramáticos de la época y también en relación con la historia del siglo III. En efecto, desde Éforo de Cime, encontramos a Jerónimo de Cardia, Duris de Samos, Timoteo de Tauromenio hasta llegar a Polibio, a quien Pierre Lévêque reconoce fundamentalmente como un historiador racionalista, idea en la que coincide radicalmente con P. Pédech (*La méthode historique de Polybe*, 1964), pues se destaca en el historiador no sólo la curiosidad, el amor por la razón, sin olvidar la búsqueda de la exactitud y de la precisión, sino también el sentido de la síntesis y de la fe en la ciencia. Con respecto a su estilo literario, indudablemente está de acuerdo con Dionisio de Halicarnaso (*De compositione verborum*, 4, 3) en que carecía de imaginación y de sensibilidad, pero insiste en que Polibio deseaba, “por encima de todo, comprender, explicar y convencer, y lo hizo de una forma tan profunda y fervorosa que puede ser considerado uno de los historiadores más sólidos de toda la Antigüedad” (p. 119).

En el cuarto y último capítulo, *Más allá de las fronteras políticas* (pp. 171-234), se estudia la ‘Europa bárbara’: la zona pónica septentrional, las regiones balcánico-danubianas, el mundo celta, la Marsella de la época, los celtas y ligures de Provenza, los íberos y celtas de las dos zonas del Languedoc-Rossellón y de la Hispania. Se estudia también el Mediterráneo medio, Cartago, Roma, la helenizada, y la Italia sojuzgada, luego, el África profunda y Arabia, en la Nubia, en el África negra, la Partia. El libro termina con *Los reinos grecobactrianos, India y China*, el arte grecobudista y el grecobactriano, en donde se especifican los contactos intelectuales con la estepa asiática y China.

Tal vez este capítulo es el que sintetiza con mayor claridad la concepción histórica de Pierre Lévêque, pues para él fue la ecúmene (*oikoumené*), el fenómeno más destacado de la época helenística. El mundo griego influyó en el Oriente pero lo asimiló, a su vez. Leyendo las páginas relacionadas con Asoka, el soberano de los Maurya, en la India, resultan claras las diferencias entre ambas culturas. Gracias a la gran difusión de la lengua griega, en las inscripciones se pueden reconocer los influjos, como el de la concep-

ción del soberano helenístico: “el rey amigo de los dioses, el rostro amistoso”. Pero pueden verse también las diferencias entre el soberano griego que se guiaba por la razón, y Asoka quien se dejaba llevar por la fe: “qué hay más importante que alcanzar el cielo?”, y lo mismo sucede respecto al remordimiento de Asoka ante la conquista de Kalinga, sentimiento impensable en el Mediterráneo griego.

En el arte religioso se ven también los influjos, como en el famoso Buda-Apolo que fue recorriendo y evolucionando según las regiones que iba conquistando, “la India, el Asia central, Indochina, China, Corea y Japón” (p. 229). Fue, pues, muy importante la fuerza seductora de la concepción artística del helenismo,

que extendió las formas de la suprema armonía, un lenguaje en que materia y espíritu parecen en comunión, una sintaxis que oculta la más sabia articulación de las apariencias y de la realidad esencial. Para los mejores, el helenismo fue una *liberación*, el acceso a los templos serenos, la liberación de supersticiones y ritualismos. Y para todos fue una *revelación*, una clara toma de conciencia de las propias virtudes, un medio para profundizar en sus creencias más íntimas. Por ello, el austero rostro de los héroes de Entremont o la sonrisa burlona de los buda de Gandhara pueden ser, igualmente, hijos de Grecia (p. 234).

Esta obra que a grandes trazos se ha intentado reseñar, contiene una bibliografía que contempla a los estudiosos clásicos de la época en la que se publicó este libro, 1969 (pero, como se dice en el título del mismo, la traducción española proviene de la edición de 1992), de manera que aparecen, entre otros, Tarn de 1936, Rostovtzeff de 1941, Will de 1966-1967, Bengtson de 1965, Aymard y Audoyer de 1967⁶, Marrou de 1965⁶, Mongaït de 1955. Las tablas cronológicas, la lista de ilustraciones (por ejemplo, la figura 8 contempla el mundo árabe) y el índice de nombres (considérense, Actium, Ai-Janum, Antonio, Arbelas, Ausculo, Betzagaria, Ense-rune, Glanum, Jesús, Pataliputra, Tartesos, Tralles o Transilvania) son útiles para consultar interpretaciones específicas. Es una lástima que la traducción siga cometiendo el error de llamar Ptolomeos a los reyes alejandrinos, en vez de utilizar el nombre correcto de Ptolomeos, que se usa en esta reseña.

Debe anotarse también que el concepto de una ‘Europa bárbara’, ajena a la griega, en los últimos tiempos ha sido valorado desde

visiones más justas, pues los diversos países europeos han tratado de rescatar en sus estudios y en sus museos aquellos elementos autóctonos que les han permitido ser lo que hoy son. Si bien los hallazgos de Vergina (1977-1978, cuyos resultados se difundieron con posterioridad) y las excavaciones de Pella, aún en proceso, no son mencionados en este libro, de cualquier forma, es estimulante, porque abarca el mundo helenístico desde ángulos diferenciados: la economía, la política, la guerra y los ejércitos, la religión y la cultura, en especial la escultura y la literatura. Gracias a Pierre Lévêque tenemos una visión abarcadora y creativa de conceptos que hoy en día son aceptados en los estudios helenísticos. Además, es un libro en el que el autor puso una gran pasión en una prosa accesible y agradable. Al repetir la frase que más arriba ha sido citada, puede considerarse acertada la visión histórica de nuestro autor en el sentido de que si se compara el mundo helenístico con el imperio romano, el primero resulta “el menos malo de los mundos posibles”.

Silvia AQUINO LÓPEZ

